

CALANDRAJAS

Papeles de arte y pensamiento

Edita: Tertulia Calandrajás
Apartado 247

TOLEDO

NUM. 19
OCTUBRE, 1988

¿Hemos llegado a Toledo? Estamos en él y no hemos llegado a ningún sitio. Está entre dos mapas. Nos hemos escamoteado a nosotros mismos.

La beligerancia de la prueba pictórica en Toledo es como una extremaunción pretensa. ¡Pronto un retrato que nos pruebe el vivir! ¡Cuanto antes una pintura que traslade a mañana la desaparición de hoy! ¡Las nubes como único agarradero o red de este estar suspendidos entre el ser y el no ser!

— ¡Que el rey viene! —y el monstruo de miles de cabezas sale de sus breñas, y se presenta imponente.

— ¡Que el rey se fue! —y el monstruo mostrenco y formidable vuelve a aparecer con otro aire más airado que antes, tomando posesión de su espacio con contraria avidez.

Entrar en Toledo es salirse del tiempo, estar en Sión y estar en España, visitar una Meca empinada y subir a una pirámide.

Guías imaginarias que a alguna hora son reales cercioran de la populosidad y la planimetría de este Toledo, que es sólo sitio en que poner los dos pies, con dolor de ellos, en un poco de roca viva.

¿Pero está todo lo que dice la guía en esta cumbre cansada? Por eso tuvo el Greco que pintar el plano de Toledo como quien quiere demostrar que un fantasma no es un fantasma, y, sin embargo, queda colgado ese plano del desgarrón de panoramas en que fue pintado, como un fantasma de plano, como un lienzo de Verónica de una ciudad que pasó hacia el calvario de su ascensión.

Un ateo de Toledo puede decir que Toledo no existe, aunque los testamentos de sus guías digan que existe, y un creyente de Toledo puede ver en él ciudades y ciudades incrustadas, telescopios de cielos ensamblados en telescopios, revelaciones metidas en revelaciones, historias de dinastías empotradas en otras dinastías, árabes envainados en cristianos, judíos antiguos superpuestos a contemporáneos y oír gritos de vivas a cosas que han muerto.

(Ramón Gómez de la Serna, *El Greco (El visionario iluminado)*, Buenos Aires, 1950, pp. 42-43).

BAJA TURBIO EL VINO

El hueso de cereza rebotó secamente sobre la amplia calva, reluciente y tersa, causándole un sobresalto que se resolvió en una mirada expectante al balcón, desde el que —vestido con pijama azul de amplias holgas— un mongólico de alrededor de doce años le miraba enojado. El climax duró escasos segundos, justo hasta que el mongólico, con admirable precisión, le lanzó un formidable escupitajo que alcanzó certero su ojo derecho. Se llevó la mano a él y la retiró manchada de una espuma pegajosa (grumos mucosos nadando en una atmósfera de saliva blanquecina); sólo entonces reaccionó: salieron de su boca gruesas palabras que parecieron rebotar en la estulticia del muchacho. Todavía gritaba cuando, por la puerta que daba a la calle, dos hombres jóvenes (jocosamente aclamados por el muchacho del balcón) fueron hacia él y le molieron a puñetazos y patadas. Notó al principio el escozor de los labios partidos y el sabor acre de la sangre, que presurosamente se coaguló en el estómago; quedó en un estado de sopor angustioso del que le sacó un dolor cruel y agudo en las piernas, sobre las que acababa de pasar una camioneta. Lo que ocurriría después no lo sabía. El informe del hospital decía que había ingresado en la sección de urgencias a tal hora de tal día, transportado por un furgón del servicio municipal de limpieza. Recobró el conocimiento aquella misma noche y se encontró en una habitación de paredes pintadas de marrón oscuro en la que había otra cama donde agonizaba un viejecillo. No podía moverse, pero los dolores no eran excesivos. Alboraba ya cuando por los auriculares recibió las primeras instrucciones: “Buenos días, señor X. Está usted en la residencia del hospital de la Seguridad Pública, bajo el cuidado del equipo del doctor Z, que, en breve plazo, le someterá a unas pruebas”. Veintitrés días —veintitrés mensajes— contó hasta el momento en que las pruebas comenzaron. La camilla se deslizaba por el tubo de pruebas con sorprendente rapidez y suavidad, giraba, se retorció; nada le produjo dolor, pero el ambiente dentro del tubo era angustioso; cuando salió de él, las lágrimas se le escapaban caudalosas y los incisivos superiores habían atañado el labio inferior hasta producir en él una honda grieta.

Un mes más tarde comenzaron las operaciones, once en total, que le hicieron permanecer casi dos años dentro de la ampolla cuasiestática, sumergido en un ambiente embrionario que sólo turbaban los diarios mensajes a través de los auriculares. El último de ellos era optimista: “Señor X, está usted completamente recuperado de las lesiones que le trajeron a es-



J. Murrugarra, *Desnudo*, dibujo acquarelado.

te hospital. Dentro de una hora lo abandonará usted y será trasladado al CRPPT (Centro de rehabilitación psicológica post-traumática), a la atención del equipo del doctor W”.

En el CRPPT, en el que permaneció solamente nueve meses, volvió a aprender a andar, a comer, a escuchar la radio, y le entrenaron —hobby terapéutico— en la caza de moscas artificiales. Le dieron el alta cuando fue capaz de atrapar con la mano derecha el 98 por ciento de las moscas que soltaba el lanzador electrónico. Era un día de finales de noviembre, y llovía a cántaros.

(En los días inmediatos a su salida de la clínica recibió la visita de varios discretos personajes, agentes de despachos jurídicos, que le ofrecían la posibilidad de un ventajoso pleito en el que se pediría alta indemnización a la familia del mongólico; utilizó la cortesía que había generado en él la caza de la mosca para despacharlos con firmeza; no estaba dispuesto a proseguir el calvario de sus infortunios metiéndose en el lóbrego laberinto de los abogados. Recordó haber leído en su juventud, en una novela de Jerome, que un hombre aseguraba que defendería virilmente su reloj si alguien intentaba quitárselo, salvo en el caso de que el agresor le amenazase con denunciarle ante los tribunales y hacerle demostrar que el reloj era efectivamente suyo; en ese caso, el hombre se quitaría él mismo el reloj y se lo entregaría al agresor, acompañando el acto de la entrega con una sonrisa complacida. Esta historia le reconfortaba. Aunque estaba seguro de haber sufrido una injusticia, a su edad comprendía ya lo que puede esperarse de la aplicación práctica de las leyes y valoraba más el sosiego que la incierta satisfacción).

Leyó a Boecio —¿qué otra cosa podía hacer un hombre en esas circunstancias?—, al padre Nieremberg y a Unamuno (1). Y buscó la paz al amparo de un claustro. El ordenador, una vez que dispuso de los datos precisos correspondientes a las noventa y una variables del programa de vocaciones monásticas, le señaló como más adecuado el monasterio de Hielo, en la estepa septentrional. Rellenó la solicitud y esperó ansiosamente el resultado. Cuando recibió, por fin, la notificación de que había sido admitido al PVV (pre vocatio vetus, de diferente reglamentación al PVN,

idem novus, aunque la regla era la misma) tuvo la evidencia de que, a partir de entonces, comenzaba en realidad —y al mismo tiempo se acababa— su vida. La admisión imponía dos restricciones: no fumaría el postulante y sólo podría ver la televisión siete horas diarias. Y una condición: el viaje hasta las puertas del monasterio debería hacerlo el prenovicio a pie, en señal de humilde sometimiento y desprecio del mundo. Fue sin ninguna duda ese viaje, anacrónico, desacostumbrado, cínicamente simbólico, el más hermoso viaje de su vida, el del encuentro con la ilusión definitiva y el presagio de la certeza próxima.

El padre portero, alto, enjuto, misterioso (larga melena teñida de azul y capa de fibra de aluminio —cuyos bajos enrollaba sobre el brazo izquierdo— en la que tenía, a modo de venera, una llave roja bordada en el pecho) le entregó el libro de instrucciones y le presentó a los abades. El monasterio estaba dividido en tres facciones (conocidas con los nombres de secciones A, B y C) y regidas cada una por su abad respectivo: fray Pasado, fray Presente y fray Futuro. Lo único que se hacía en común era la comida, confeccionada en el laboratorio monacal siguiendo las instrucciones del *Regimiento de cocina* de los frailes de Guadalupe (edición Jackson and Sons, Toronto y N.Y., s.a.), a base de pastillas de tres colores (añil claro, añil oscuro y añil glorioso), que equivalían a los antiguos platos de verduras, pescado y carne. Vino no se bebía allí, sino agua química, y en el PVV (a diferencia del *novus*) no había postres.

Durante nueve años, tres maestros de novicios le enseñaron con provecho la teoría de la relatividad (que inició con la lectura crítica del *Principio de relatividad*, de Blas Cabrera, Madrid, Publ. de la Residencia de Estudiantes, 1923, y continuó —una vez que hubo dominado la conjugación alemana— con los textos originales de Einstein y con la revisión de sus comentaristas soviéticos) y el análisis matricial de los campos de ondas. En el noveno año de su noviciado se movía con toda facilidad en muy variados espacios tetradimensionales, aunque no le había sido permitido —su confesor y su tercer maestro mostraban en recordarle el impedimento un celo extraordinario— realizar secciones tridimensionales concretas, para las que estaba ya suficientemente preparado y que espe-

temporales por hiperplanos tridimensionales que correspondiesen a cada una de las facciones (A, B y C) y que integrasen, a su vez, las diversas variables de cada uno de los abades. Obtenido el permiso de confesor y de maestro puso arduo empeño en la tarea. Pero los resultados eran absurdos. Tuvo días de amargo desaliento, casi de desesperación. Comenzaba otra vez, repasaba los cálculos en la pantalla, volvía a repararlos en el papel impreso y llegaba, desconcertado, a los mismos inexplicables contrasentidos. . .

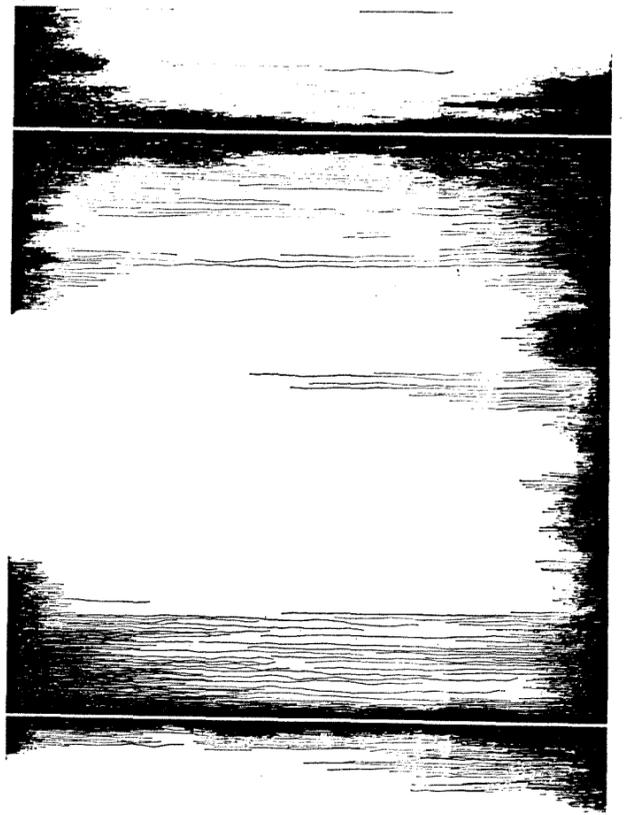
Por la amplia avenida de enebros que bajaba hasta lo que en otro tiempo fuera la huerta comunal, maestro y discípulo caminaban taciturnos. “No puede ser, no puede ser”. Y el otro: “Profundice más todavía”. Esta sencilla frase, tantas veces oída, le enajenó. Se volvió hacia el maestro, le zarandó agarrándole por la esclavina de la capa y luego, ya derribado al suelo, le apretó fuertemente la garganta mientras gritaba, fuera de sí: “¿Y el cuarto abad? ¿Y el cuarto abad?” El maestro, casi ahogado, viéndose morir, apenas pudo resollar: “El cuarto no es abad, sino abadesa”.

Fue inmediatamente expulsado. Y se le amenazó con penas canónicas si intentaba el regreso. Volvió a su casa y no la halló, ni su ciudad, ni su familia. No habían nacido todavía. Se resignó a morir. Es noviembre también. Y baja turbio el vino. Se pierde. Se ha perdido. En Lisboa, un hombre dolorido, el poeta António Ramos Rosa, acaba de anotar, en un cuaderno, un verso: “*Todo o prodígio é de ar, todo o sentido é ar*”. En ese verso está. En el aire.

Jesús Cobo

NOTAS

- (1) Algunos de sus biógrafos afirman que conoció y leyó entonces la *Agonía del tránsito de la muerte*, del maestro Alejo de Venegas, en copia dieciochesca de la edición príncipe (Toledo, 1583).
- (2) Para intentar comprender de alguna forma la complejidad de reacciones a que le condujo su resolución, téngase en cuenta que el maestro le permitió utilizar únicamente la edición de Firpo (*Tutte le opere*, Milán, 1954), ciertamente tendenciosa.



DIBUJO: JORGE ULISES

LA IMPOSIBLE POPULARIDAD DE FERNANDO PESSOA

“Pienso a veces, con un deleite triste, que si un día, en un futuro al que ya no pertenezca yo, estas frases que escribo durasen con loor, tendré por fin gente que me “comprenda”, los míos, la familia verdadera para en ella nacer y ser amado. Pero, lejos de ir a nacer en ella, habré muerto hace ya mucho. Seré comprendido sólo en efigie, cuando el afecto ya no compense a quien murió del desafecto que sólo tuvo cuando estuvo vivo”, escribió Pessoa en su *Libro del desasosiego*.

Contradiendo su tantas veces proclamada inutilidad, su fracaso como escritor y como persona, Pessoa vislumbra un futuro de afecto, pero póstumo, no valedero, por tanto, para calmar su presente ansia de cariño, de reconocimiento, de lealtad. Los poetas son buenos augures (vates); casi no son otra cosa, por eso previó la llegada de unos tiempos mejor dispuestos para la comprensión. No anduvo errado. Pero en ningún momento se le ocurrió pensar, o al menos no dejó constancia de ello, que pudiera llegar a ser “popular”. Y es que un poeta verdadero jamás puede llegar a ser popular. Hágase memoria en serio; inténtese hacer recuento de los poetas, grandes poetas, verdaderos poetas que han alcanzado la aureola de la popularidad.

Ser famoso es algo muy diferente de ser popular. Hay mucha gente que no cosecha fama hasta el momento en que empiezan a repartirse sus esquelas mortuorias. La muerte atrae a las flores y desencadena el raudal de los elogios, el saldo de una cuenta deudora de admiración tardía y arrebatada. Ahora se va más allá: son los centenarios los que abaten definitivamente las murallas de la postergación o el silencio que rodearon en vida a ciertos personajes, y se riñen com-



F. Pessoa en 1914

peticiones para emperifollar su recuerdo con estatuas y argumentos de supuesta popularidad.

En este año de 1988 se celebra el centenario del nacimiento de Pessoa, el más impopular de cuantos poetas impopulares hayan existido, por lo que no podía faltar el empeño de llevar adelante su canonización literaria bajo el signo de lo que no fue, no es ni será.

Sobre el estuario del Tajo —el “suave Tajo ancestral y mudo”— han aparecido grandes telas con el afilado perfil semítico del poeta de la tristeza inviolada; por las calles de Lisboa ha sido agitada por el viento atlántico su efigie cabizbaja; han sido hechas grandes tiradas de sus obras a precio de regalo para que lo lean menos (“El triunfo de un artista se produce cuando, al leer sus obras, el lector prefiere tenerlas y no leerlas”). Sólo le faltaba, para mayor complicación de sus hábitos de sigilo no extinguidos con su muerte, que le levantaran una estatua, y se la han levantado en una plaza lisboeta del Chiado, donde, cualquiera que sea su postura, no será reconocido por las casas que le vieron pasar como una sombra escurridiza, muy pegado a los muros para defenderse de la lluvia. Lo predijo en su poema “Marinetti, académico”:

Todos acaban así, todos acaban así. . .

Cualquier día, si el tiempo no lo impide, así voy a /acabar.

Y es que, en fin, se nace para eso. . .

*No habrá más remedio que morir antes,
no habrá más remedio que escalar el Gran Muro.*

Si me quedo aquí, igual me pescan para la vida /social. . .

No le hicieron académico, pero la estatua está ahí. De nada le valió morir. Un nombramiento académico se olvida; una estatua es de mármol o de bronce y está ahí para siempre, o hasta un nuevo incendio o un próximo terremoto. Pessoa esperaba ser “comprendido sólo en efigie”. ¿En qué clase de efigie? Tal vez en la que queda en el recuerdo: ser “comprendido en el recuerdo”. Todo verdadero recuerdo se realiza con el apoyo de efigies que no tienen por qué ser fotográficas ni escultóricas. En el *Libro del desaso-*

siego, un libro comparable al del Job bíblico, narró la impresión que le produjo verse en la cartulina de una foto de grupo: "He sufrido de verdad al verme allí, porque, como es de suponer, fue a mí mismo a quien primero busqué. Nunca he tenido una idea noble de mi presencia física, pero nunca la he sentido tan nula como al compararla con las otras caras, tan conocidas mías, en aquel alineamiento. . . Parezco un vulgar jesuita. Mi cara delgada e inexpresiva no tiene inteligencia ni intensidad, ni nada, sea lo que sea, que la eleve sobre la marea muerta de las otras caras. ¿Qué quiere decir esto? ¿Qué verdad es ésta que no engaña a una película? ¿Qué certidumbre es ésta que una lente fría documenta? ¿Quién soy, para que sea así?" Si no se gustaba a sí mismo en fotografía, ¿cabe esperar que fuese más de su agrado una efigie escultórica?

Las estatuas para poetas presentan problemas que desconocen las otras. Maiakovski tiene una estatua en Moscú; una estatua enorme, en un ademán altivo, retador. Su exaltación vital, su convencimiento de que con sus poemas redimiría al mundo de sus miserias corresponden a ese aire de crucero rompiendo con su quilla el oleaje de una tormenta en altamar. Maiakovski fue hombre de estatua fácil aun siendo poeta. De pronto se ponía a gesticular en medio de la calle. Fue un personaje público, que hacía la revolución con sus poemas, escribiéndolos y recitándolos apasionadamente en cualquier sitio. Pero tuvo que bajar la cabeza antes de atravesársela con una bala y reconocer que "aquello resultaba incomprensible para los obreros".

En la esquina de la casa de Praga donde nació Kafka hay empotrada una sencilla placa con un busto del escritor en bajorrelieve. A esto se le ha llamado de todo: mezquindad, hostilidad disimulada, desprecio por el genio. Kafka, como Pessoa, fueron habitantes del silencio, del anonimato, del ostracismo. Fueron incansables caminantes solitarios a los que no se les veía caminar. Ni uno ni otro desearon escalar alturas sociales o ser colocados al aire, al sol, a la lluvia, a las miradas de la gente, que es lo que más deteriora y empobrece a los humildes, sobre un pedestal.

Otro poeta contemporáneo, León Felipe, ha sido inmovilizado en el bosque de Chapultepec de la ciudad de Méjico; el mismo León Felipe que dijo con voz tonante: "Porque yo no he venido aquí a hacer dormir a nadie". Venía —como dice Carlos Murciano— "a despertar conciencias, a arrojar piedras contra los cristales cerrados de las casas de los hombres, a golpear sus puertas, a sembrar en ellos la desazón y el hambre de justicia". Pues también a él le han sentado sobre la hierba y le han arropado con un capote de bronce.

El paseante casual de la vieja, recién abrasada, Lisboa, puede encontrarse de improviso ante una estatua y no sentir curiosidad por el personaje que representa. Pero si pone un poco de atención y el escultor ha acertado con la expresión correcta, descubrirá un rostro con rasgos de gran nobleza. Lo que no sabrá, si no tiene otra información que la turística, es que aquello no es una estatua normal: es un auto de fe perpetuo, donde están expuestas al público las intimidades de Pessoa: una infancia huérfana y apátrida (infeliz); su origen judío; su dipsomanía; su distanciamiento del amor físico ("Del amor apenas he exigido que nunca dejase de ser un sueño lejano"). No se verán llamas, pero allí hay algo que arde. Es la estatua



de un hombre que descubrió el arte de transformar en belleza lo amargo de su vida en un supremo, vibrante proceso verbal; un hombre desasosegado que, como el filósofo Espinosa, que pulía diamantes para poder subsistir y conservar su independencia ideológica, tuvo que trabajar de contable mientras escribía o pensaba, dos actividades que parecen inseparables en él y simultáneas.

Citar lo que pensaba y escribía Pessoa es tarea harto complicada, porque no se sabe dónde empezar y, menos aún, cuándo dejarlo. Tan interesante y hermoso es lo que se deja como lo que se toma. Pero, por su abundancia, es fácil reunir un breve ramillete de frases que ponen de manifiesto su condición de persona aislada y soñadora: "Avanzo lentamente, muerto, y mi visión ya no es nada: es sólo la del animal humano que ha heredado sin querer la cultura griega, el orden romano, la moral cristiana y todas las demás ilusiones que forman la civilización en la que me siento. ¿Dónde están los vivos? (. . .) Mi carácter —confiesa— es del género interior, autocéntrico, mudo, no autosuficiente, sino perdido en sí mismo. Toda mi vida ha sido de pasividad y de sueño (. . .) Mis sueños: como me creo amigos al soñar, ando con ellos. . ."

Como en una ronda ensoñadora, los amigos no circunstanciales, quisieran haberle acompañado, sin hacer gravosa para él su compañía, cuando era "transeúnte de cuerpo y alma por estas calles bajas que van a dar al Tajo". La belleza y la plácida melancolía que se desprende de todo el párrafo incita a su transcripción íntegra: "Con estas reflexiones me consuelo, puesto que no puedo consolarme con la vida. Y el símbolo se me funde con la realidad cuando, transeúnte de cuerpo y alma por estas calles bajas que van a dar al Tajo, veo las alturas claras de la ciudad resplandecer, como la gloria ajena/ de las luces variadas de un sol que ya no está en el poniente./"

Manuel Fernández Nieto

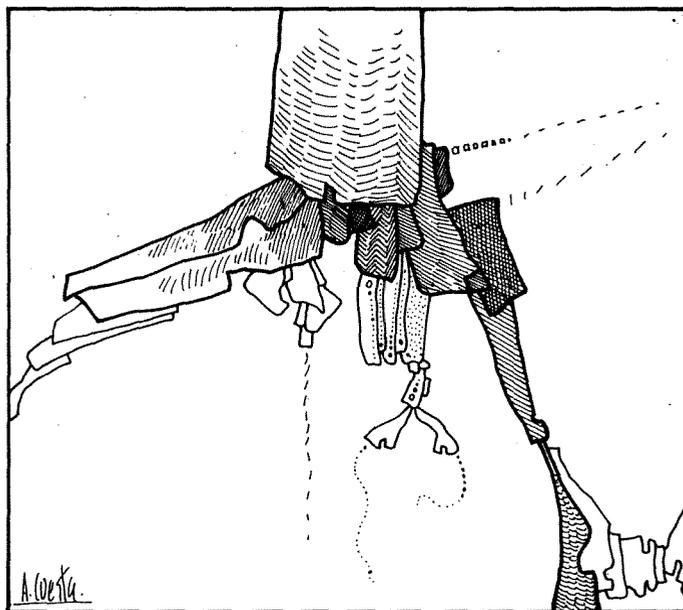
(Traducciones del portugués: Angel Crespo y José María Llardent)

DIBUJOS: JOSE SARMENTO

POR QUE TAN SOLO EN MIS OJOS

*Por qué tan solo en mis ojos
cuando la hierba anónima entretenida
desconcha la mirada
sin perdón de una y otra lejanía disuelta
Por no haber visto la endiosada veladura
descorriendo el velo del epicentro
yo estático vacío
en lenta majestad de lo informe
me ilustro de diseño
Y todo porque mi gran charco
de ámbar derretido
no puede
no puede solidificar en admirativo
Pero sé que en el haz de la vida
hay trozos irregulares
de flechas itinerantes
y un viento que llora
en las aspas de nuestros pensamientos
que lacónicos enferman
Sin lugar
voy solo errante y visionario
con el compás de la sombra
ennegreciéndome de horas
en recordatorio olvidado*

Juan Luis Pla Benito



DIBUJO: ANGEL CUESTA.

SEÑALES

*Del ojo a la zozobra
un arlequín destapa
su estampido de nafta.
Aprendiz de cometa,
el ojo emprende el vuelo simulando ser hélice.
Lanza al radar su oreja
desde el asombro intacto —casi raíz de la tierra—
y el sueño se diluye como un vapor de humo.
Como señal que el ojo rescatará del ruido.
Como tangible allegro de un tic tac que no ve
regalando sorpresas
al pizarrón del aire.
Como milagro
del talismán antiguo
de los espejos.*

Antonio Matea

EMISARIO DE SIEMPRE

*Vivo en la noche
profunda de todas
las cosas,
contengo silencios
en agonía.
Amo la pequeña
biografía de las hojas
que duermen
entre suspiros
ante el primer grito
de la aurora.
Amo la cuenca de tus pupilas
oscuro nido de los pájaros
sin fronteras,
raudal de luz
que apaga penas tras esta arcilla
que hiere existencias.
Vivo en la noche
derramada de silencios
donde tiritan cuerpos extraños
poblados de angustias.
Vivo y amo tinieblas del asombro,
de la ciudad, las calles solitarias
habitadas por diminutas historias
navegantes,
en la piel desnuda de la brisa.
Hueco de nuestras voces,
palabras sin senderos
en este río nunca desembocado.*

José A. Porras

LA TAREA DEL COMBATIENTE

A mi hermano Pepe.

Si os dignáis acudir al campo de batalla
Implorad por los que allí lucharon.
Fueron víctimas del desamparo y las nevadas
Mas amaban su patria. Veréis fotos
De esposas y de padres
Y fusiles mochilas cantimploras
Y cuerpos ateridos de muerte.

Acordaos

De encomendarles pues la paz
Es consecuencia de la guerra.
Procurad que en los claustros digan misas
Y ofrezcan una hora
De guardia ante el Santísimo
Sacramento los monjes la oración
Lo puede todo.

Miembros sueltos

Y pax Domini Nostri Iesu Christi
Hodie et in saecula.

Sobre sus vidas

Rehuyeron la gloria
Et vanitas vanitatum.

Ahora caen

Tras combatir con denonado esfuerzo
Por lograr la victoria
E inclinando la cabeza,
Entregó su espíritu.

Ni el honor ni el reconocimiento les importó.
Haced, entonces, sacrificios expiatorios
Por sus almas.

Memento homo,

Quia pulvis es, et in pulverem reverteris.
La liturgia
Y el rito solemne de las rendiciones
Y la tierra bañada de héroes
Que supieron vencerse en el continuo ajeteo diario
Y se anonadan en oblación
Y las raposas tienen guaridas,
Las aves del cielo nido.

Et Ego te absolvo

A peccatis tuis. . .

Si os dignáis

Sed propiciatorios
Y sacad resultados prácticos para la derrota.
Sus cadáveres recobran en el barro su origen
Y acudieron airosos al combate
Y adiestraronse para el duro ejercicio de las armas
Sin poner condiciones,
Por amor a la elección.

Carmelo Guillén Acosta



DIBUJO: GIMENEZ AGRELA



DIBUJO:
DOROTA LENIEC-LINCOW

REFLEXION

. . . Y caerán los templos macizos bajo el peso de sus horas más completas.

El viento sedentario pasará sobre mis manos extendidas y vaciará los cajones de papeles que anuncian el silencio de una carta o absurdas cantidades de números callados esperando una voz para ser vida.

La luz derribará mis ídolos sombríos y el vuelo amenazante de élitros lejanos frenará su intento equivocado.

Se alzarán el aro de fuego por donde la fiera desdomada destaque el salto inevitable y electrice su deseo impotente en huida, sin que un sol níquelado se despierte y penetre a través de las grandes pupilas del cristal irremisible. . .

Me tendréis lejos entonces, muy lejos del orgullo, en el rincón de mi penumbra, olvidando las cosas que jamás debieran olvidarse.

Me tendréis rastreando la ventana de los cuerpos como un planeta desviado, o rodando la saliva que aloja la garganta inexplorable.

Me tendréis, aún impaciente del tiempo y de su eterna duración, alegrando las pisadas por el mágico país del verso y de la piedra, dispuesto para el día en que un grito o un susurro puedan de nuevo, convertirme en la palabra.

Jesús Pulido

Humberto Senegal

DIEZ HAIKUS

Pasaré por este mundo
sin atropellar a nadie.
Ni Bodhisatva ni Arahata.
Caminaré por donde se pueda
caminar. Cuando no exista más
el sendero, continuaré
caminando mientras posea pies.
Si alguien los ata,
me sentaré al borde del camino.
¿A quién salvar
y a quién condenar?
El viento
agita las ramas del árbol.

Un pájaro en la rama.
Una hoja desprendida.
¿Cuál será la queja del árbol?

* * *

¿Qué podrá contarle
al viejo pino
la pequeña hormiga?

* * *

Caminos de polvo
en el viento. ¿Hallaré tus
huellas, mariposa?

Derruido campanario.
Por la vieja torre
reza el viento
aunque están mudas
las campanas.

* * *

Seis pétalos de
una flor amarilla sostienen
el atardecer.

* * *

Amanece. Torpe, vuela
un buho con hebras de luz
entre las alas.

Esa hoja cayendo del árbol
sabe y nada dice
de la vida que me espera.

* * *

¡Dios, cuánta humildad
la tuya! En tus brazos de nogal
un gusano toma el sol.

* * *

Salvamos a la frágil
mariposa
atrapada en la telaraña.
¿Qué podemos exigirle?
¡Que vuele!